

EL DIARIO MURCIANO

DIRECCION: CALLE DE VICTORIO, 53.—PRECIO DENTRO Y FUERA DE MURCIA, UNA PESETA AL MES.—NUMERO SUELTO, CINCO CENTIMOS



EL SEÑOR DON JOSÉ RUIZ RUBIO

Ha fallecido á la una de la tarde del día de ayer

á la edad de 69 años, después de recibir los S. S.

R. I. P.

Sus desconsolados hijos D. Antonio, doña Josefa, D. Mariano, doña Dolores y don Miguel Ruiz Seiquer, hijos políticos don Baldomero Rodríguez doña Soledad Alcaráz, don Juan Bautista, doña Luisa Martínez y doña Concha Acosta, nietos, sobrinos y demás parientes,

Ruegan á sus numerosos amigos y personas piadosas la asistencia al funeral y entierro que tendrán lugar en el día de hoy: el primero á las diez de la mañana y el segundo á las cuatro de la tarde, en la parroquial iglesia de San Bartolomé, por cuyo señalado favor les quedarán eternamente agradecidos.

Murcia 24 de Febrero de 1906.

CASA MORTUORIA: PLAZA DE SAN BARTOLOMÉ, 10.

El duelo se despide en la plaza de Agustinas.

No se reparten esquelas ni se admiten coronas.

BRISAS DE INVIERNO

Cúbrense de nieve los elevados picos de las montañas; caen millentas hojas del árbol robusto y ya no tienen los campos aquella suprema lozanía que se traduce en verdores y encantos, en rosas de matices agradables, en murmurar de fuentes, en esplendores azules de cielo purísimo.

¡El invierno! ¡Es la ancianidad de la naturaleza. Es la decrepitud de todo lo que vive y se agita; es el llanto helado del huérfano que se siente abandonado por Dios.

En esta época del año surge más tremendo que nunca el problema terrible del proletariado; en esta temporada, siquiera sea breve, es cuando más descarnada y más aterradora se presenta la Diosa miseria en el hogar desesperado y sin recursos. En el invierno surgen todas las necesidades, se agitan todas las desconfianzas y la maldición brota de los labios y se madura el crimen en el pen-

samiento... En el invierno muerden las enfermedades, rugen la ventisca en la chimenea sin lumbre, falta el pan, porque falta el trabajo, falta la salud, porque la medicina no puede acudir y la beneficencia es escasa y la caridad ó es nula ó no sabe que tales horrores existen para remediar.

En el invierno es cuando surge el contraste. Esas odiosas comparaciones que ó modulan la blasfemia ó hacen empuñar el arma al desesperado ó la bomba al loco, son patrimanios de esta estación de tristezas y de amarguras.

El rico sabe que vive en invierno por las noticias termométricas de los periódicos, por la inauguración de las temporadas teatrales, por el nuevo tenor de ópera que hay que aplaudir, por la chimenea francesa que atestada de leña y de "coke", chisporrotea junto á las mullidas alfombras y junto á los ricos muebles de tal ó cual época, por la franela que le viste interiormente y por el rico gabán de pieles que cubre su privilegiado cuerpo y le res-

guarda de las pulmonías y de la tisis.

El pobre... siente el invierno en sus huesos, lo siente en el alto andamio donde tiene que trabajar cegado por el viento y con las manos secas y cortadas, lo siente en el taller húmedo y malsano, sufriendo diferencias de temperatura que horrorizan, saliendo por obligación del horno en donde cuece el pan que no se come, de la fragua en donde forja el hierro que ha de adornar hermosos edificios, de la pestilente y caliginosa cubva del curtidor entre mefitidos hedores, á la calle glacial y fúnebre por donde ve desfilar á la macilenta luz de los faroles la cómoda berlina cerrada y con calorífero que arrastra triunfante al teatro ó á la "soirée", á la hermosa dama cubierta de variadas pieles, que le desprecia sin mirarlo...

El invierno se siente en las bohardillas, no en los salones. Por ello ha de ser más elevada, más santa, más grande la misión del que por todos los medios procura dar al miserable abandonado un retiro cómodo,

bien acondicionado y bien servido, para que en la época de enfermedad y en la época fría de las nieves y de los cierzos halle lo que le niega la sociedad indiferente que se cuida entre edredones el simple resfriado y que solo conoce el frío por el termómetro que tiene en el balcón y al que mira tímidamente á través de los cristales empañados.

José María de la Torre

COSUCAS DEL SIGLO XX

Pocas personas medianamente leídas dejarán de saber la manía clubnista que domina á yanquis ó ingleses. Hay en ambos países clubs de todas clases y para todos gustos; desde el refinadísimo en lujo y comodidades, al que sólo pueden asistir como socios y gozar de tal condición los privilegiados por la fortuna, hasta el de los jobados y defectuosos, en el cual se consuelan de sus deformaciones los colegas de Rigolotto y de macedo Nicolás; des-

desde el de los solteros, "bueyos sueltos que bien se lamen," como canta el célibe recalcitrante y convencido de "la gallina ciega,"—hasta el de los viudós, que consuelan su soledad ante las copas de rón y los tapetes verdes. Pero estos lugares de reunión donde consumen su vida miles de parásitos humanos, nada tienen de verdaderamente originales; el que es original y... altruista es el creado hace poco en Filadelfia; ese, ese sí que llena una gran necesidad humana: "El club contra los disgustos." ¿Quién no lo padece en esta pícara vida? ¿Quién con ellos no se llena de bilis y se hipertrofia los higados? ¿Quién no siente momentos de mortal inercia? Pues para atenuarlos, para borrarlos de la memoria y del corazón, para encontrar en ellos alivio, por lo menos, los norteamericanos, gente práctica y positivista, han ideado el referido club.

Por lo pronto los socios se elevan á sesenta y cuatro; pero seguramente su número aumentará como prole de ab-

